

## “¿París arderá?”

Por Nicolas Baverez

“Le point”. Noviembre 2005. Número 1730

Después de la trombosis social de 1995, el crack cívico de 2002, la “jacquerie” (De Jacques Chirac) electoral del referéndum de mayo último, los motines urbanos de otoño 2005 constituyen una nueva ilustración de la crisis nacional de Francia y de la descomposición del cuerpo social.

La rápida difusión de los disturbios en el conjunto del territorio como el vertiginoso ascenso de atentados contra bienes y personas – hasta la innoble tentativa de inmolarse a un discapacitado en un autobús – activan la quiebra de la integración de los inmigrantes, que representan un 8% de la población francesa; entre ellos casi 6 millones de musulmanes. Las circunstancias de la muerte trágica de dos adolescentes en Clichy y las polémicas declaraciones del Ministro del Interior que se inscriben en movimientos aún más graves: el ascenso de la violencia urbana con más de 70.000 actos inventariados en 2005, de ellos 28.000 vehículos incendiados ; la explosión de la delincuencia de menores con un alza de 55% de atentados contra personas y 117 agresiones sexuales desde 1996; la duplicación anual de actos racistas y antisemitas.

La instalación progresiva de esta configuración de guerra civil se sitúa en la confluencia de tres series de factores:

El primero está ligada al bloqueo de factores de integración: la vivienda, con una concentración de población inmigrada de alrededor de 700 ghettos urbanos en la periferia de las grandes aglomeraciones; la educación, con la salida cada año de 161.000 jóvenes del sistema escolar sin formación; el mercado del trabajo con la remanencia de un paro en masa que alcanza el 38 % de jóvenes salidos de la inmigración y que alcanza el 70% en los ghettos urbanos.

El segundo deriva de la emergencia de una forma de apartheid, contrato asocial, que reposa sobre el desarrollo de una sociedad paralela financiada por transferencias sociales, situada fuera de las leyes de la República y del trabajo mercantil, regulada hoy por las bandas y mañana por organizaciones islamistas que buscan llenar el vacío dejado por la retirada del estado y de las organizaciones que giran alrededor del Partido Comunista.

El tercero atañe a la crisis generalizada de las maneras de integración de los inmigrantes en Europa, avivados tanto por los golpes terroristas de Madrid y Londres como por los asesinatos de Pim Fortuyn y Theo Van Gogh en los Países Bajos. Los motines raciales franceses se distinguen por dos rasgos: su carácter resolutamente nihilista que se expresa por una carrera hacia la destrucción desprovista de toda reivindicación, el objetivo de bienes públicos, que simboliza el sentimiento de exclusión de la ciudadanía y de la comunidad nacional. Los motines saltan sobre el vacío de poder, el gobierno concediendo con una ligereza asombrosa la prioridad de sus querellas intestinas sobre el tratamiento de una fractura mayor en el seno del cuerpo social mientras que el Ministro del Interior sufre de nuevo la precisión del juicio del Cardenal de Retz que recordaba que *“no hay nada tan enojoso como ser el ministro de un príncipe del que nos se es el favorito”*.

Los motines alumbran un día siniestro la decadencia del pseudo –modelo social francés. Desvelan, sobre todo, el principio de la descomposición de la nación, a saber, la

burbuja demagógica y la mentira que dominan la política desde hace un cuarto de siglo: queda excluido mostrar la menor debilidad con los amotinados, a la fuerza hay que darles la razón cuando denuncian, bajo la invocación ritual de los valores de la república y el culto de una igualdad de fachada, su condición de "meteques" (extranjeros). Es decir de ciudadanos de segunda clase, destinados al paro y a la exclusión por una educación de pacotilla y por su desposesión de un mercado de trabajo organizado para proteger al núcleo duro de la población activa "*¿Queréis ayudar a los pobres, yo quiero suprimir la miseria*", lanzaba justamente Victor Hugo. No hay mayor fatalidad para la exclusión de inmigrantes que el paro en masa. Ambos resultan de elecciones políticas proteccionistas y clientelistas que deben ser invertidos.

La primera prioridad consiste en recuperar el balance entre el respeto de la ley común, que pasa por el paro de la inmigración clandestina y la constitución del vínculo social y de esta manera centrar la política de la ciudad en los habitantes en lugar de privilegiar programas puramente inmobiliarios.

La segunda tiene como meta volver a poner en marcha los dos motores de la integración: la educación y el trabajo. La reproducción de la pobreza y de la exclusión puede ser detenida o disminuida por la escuela, lo que justifica una política mucho más innovadora; el mercado del trabajo debe ser abierto y flexible para crear una oferta de empleo débilmente cualificada, el trabajo constituyendo más allá de un ingreso el fundamento de la identidad y de la ciudadanía.

La tercera consiste en volver a colocar a la sociedad francesa en movimiento tomando el contrapié del bandazo conservadorista, nacionalista y proteccionista que ha sido liberado por el referéndum de mayo 2005 y que encuentra su traducción tanto al exterior - con el rechazo creciente de la mundialización y el gran mercado común europeo - como al interior - con la exacerbación cruzada de sentimientos identitarios y de pulsiones xenófobas.

La cuarta tiende al freno de la lógica de la guerra civil entre comunidades y religiones que tiende a instalarse en Francia y que constituye el terreno favorable del terrorismo